

Enrico Caruso,

Una voz como el viento

por Carlos Fuentes y Espinosa

El 23 de octubre de 1989, el reconocido astrónomo alemán Freimut Börngen descubría un cuerpo perteneciente al Cinturón de Asteroides de nuestro sistema planetario. Dicha roca sería nombrada “37573 Enrico Caruso” honrando al celeberrimo tenor italiano, gloria del canto, que poseyera una de las voces más prodigiosas de la Historia.

Como puede comprenderse fácilmente, tratar este tipo de figuras legendarias siempre es un tanto delicado, puesto que puede darse que el escrito se convierta en una lista de superlativos. Advierto que si a pesar de mis revisiones se encuentran algunos, se debe enteramente al uso de términos descriptivos... y quizá también a mi admiración por el gran cantante.

Errico Caruso, su nombre original, vino al mundo a finales de febrero de 1873, en la antigua y muy bella Nápoles, ciudad que se distingue, entre tantas otras cosas, por representaciones operísticas en las que si el intérprete en turno yerra su parte, alguna persona del público se yergue y la repite en forma significativamente superior. Tal es la virtud vocal de los lugareños. Caruso creció en la pobreza, pero ya cantaba en coros a temprana edad. Fue hijo de un mecánico, Marcellino, que esperaba que Errico, uno de los pocos sobrevivientes de su matrimonio con Anna Baldelli, siguiera el mismo oficio. Se sabe que la madre siempre estimuló a su hijo en favor del canto, aunque murió prematuramente en 1888.

De cualquier manera, el joven Caruso, para contribuir económicamente en casa, cantó en cafeterías y restaurantes y, algo después, estudió con Guglielmo Vergine, de quien se afirmó que, al escucharlo, exclamó: “Tu voz suena como viento a través de persianas...”

En todo caso, el propio Caruso nos refiere que aprendió conocimientos técnicos a profundidad con él y obtuvo sus primeros contratos. En uno de éstos, Caruso era el tenor sustituto. Al calor de la convivencia con las amistades del lugar, bebió demasiado, cuando, para sorpresa de todos, fue llamado para suplir al indispuerto cantante. Cantó muy bien, pero sus condiciones le provocaron tropiezos y descontrol en escena que le causaron el despido. No obstante, el gerente teatral debió presentarlo de nuevo, pues el público gritaba exigiendo al “ebrio”, que fue aclamado.

Más tarde, debutaría en el Teatro Nuovo de Nápoles, comenzando una carrera notable. Se dice que cuando Giacomo Puccini lo escuchó, comentó: “¿Ha sido Dios quien te envió a mí?” Es interesantísimo y evocador leer los comentarios de los excelsos artistas que convivieron con Caruso. Nellie Melba escribiría en sus *Memorias y melodías* que Caruso “era una voz pura y simple, el mejor tenor que he escuchado en mi vida”. Arturo Toscanini, Beniamino Gigli, Rosa Ponselle, Geraldine Farrar, Giovanni Martinelli y muchos otros artistas de gran realce se pronunciarían en términos semejantes, exultantes.

Cuando en 1903 debutó en el Metropolitan Opera House, el éxito fue inmenso (sería contratado por 17 años) y consolidaría al napolitano como una celebridad mundial. Además de una pericia financiera, Caruso tuvo la capacidad de entender las ventajas de las rudimentarias grabaciones primeras de las que realizó centenares, dándose a conocer

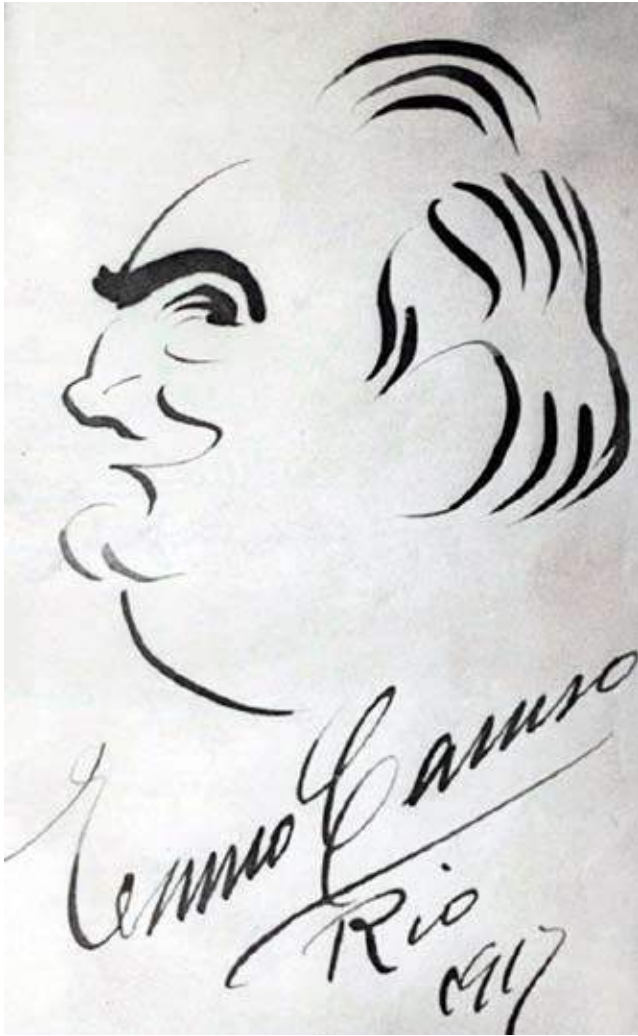


Enrico Caruso cantó en México en 1919

así en los lugares más apartados y en ambientes poco familiarizados con la ópera, convenciendo a otros cantantes a grabar su canto. Filmó atinadamente una película silente, *Mi primo*, donde interpretaba a dos personajes y desplegaba su virtuosismo histriónico y mímico.

Nuestra patria lo conoció en una gira en el año 1919, conquistando la admiración de los mexicanos y creando tumultos a su paso. Finalmente, en 1920, su salud se vio severamente afectada —fumador consuetudinario— y atravesó por cirugías para caballos, torpes diagnósticos, malos tratamientos y un sufrimiento espantoso que lo llevaron a la muerte el siguiente año, cuando llevaba escasos tres de matrimonio con la estadounidense Dorothy Park Benjamin, quien escribiría dos biografías de su mítico esposo.

Sabemos que personas, compañías tabacaleras, comederos, tiendas



Caruso por Caruso

misceláneas, caballos de carreras, etcetera, fueron denominadas en honor del maestro, que ha protagonizado novelas, tiras cómicas, anuncios comerciales, y de cuya vida se han producido varias películas (en una, *Caruso, la leyenda*, el egregio Mario Del Monaco lo interpretaría vocalmente), y basta escuchar una grabación para entender por qué.

Es importante que mencione que, ya lo diría Protágoras: “el Hombre es la medida de todas las cosas”, el ser humano tiende a escuchar voces humanas en un sonido cualquiera y es la razón por la que pensamos que las grabaciones primarias reproducen adecuadamente la voz. Compáresela con el sonido de los instrumentos, por ejemplo. Siempre me pregunté cómo se escucharía la voz de Caruso en grabaciones modernas. Las casas disqueras han hecho esfuerzos sublimes intentando responderlo, particularmente el sistema CEDAR. Y, sin embargo, a pesar de la estupefacción en que nos zambullimos al constatar el tamaño, el poderío de la voz de Caruso, quienes pudieron escucharlo en vivo y después discos muy adelantados sostienen que apenas es una pálida muestra. Pero lo exhorto, amable lector, a escucharlo en disco LP.

Por tanto, es natural que 90 años después de su desaparición física, Caruso siga siendo reverenciado como un intérprete ejemplar. Mas el adagio “Cuando Dios dice: agua va, hasta el Sol gotea” se confirma aquí, revisando otras aptitudes del italiano. Era, desde joven, un dibujante compulsivo. Lo mejor del caso es que era un caricaturista de primera categoría. Existen miles de trazos que el Rey de los tenores realizó de colegas, músicos, políticos, aristócratas, pintores,

fotógrafos, agentes, floristas, empresarios, trabajadores a los que obsequiaba su dibujito, mascotas, ensayos, grabaciones, escenas de la vida general, y a otros caricaturistas.

Cuando estuvo en México, entrevistado por un periódico de circulación nacional, le envió un autorretrato, costumbre inveterada y plausible, que fue publicado en primera plana al día siguiente. El presidente del país, Venustiano Carranza, de singular aspecto y el tenor José Mojica encabezaron la lista de mexicanos que serían plasmados por los regordetes, pulquérrimos y habilísimos dedos de Caruso. Existen ediciones de libros con caricaturas suyas simpáticas e ingeniosas. Gustaba de realizar unos dibujos seriales que comenzaban con la inicial de algún compositor o director e iban transformándose hasta formar con dicha letra el rostro o el cuerpo del aludido y variaciones de esto, que exhiben un trato chusco y bondadoso de Caruso, pero jamás hiriente, con unas líneas finas y profesionales.

Habiendo presenciado el terrible incendio de San Francisco de 1906, no perdió la oportunidad de ilustrarlo en una forma naïf. En incontables ocasiones en que firmaba cheques para personas insolventes, añadía algún diseño divertido. No faltó quien le pidiera que el dibujo lo hiciera en otro papel para no tener que deshacerse del dibujo... ni perder el dinero. Llegó a colaborar en *La Follia*, un rotativo neoyorquino que imprimía orgulloso las creaciones del afamado cantante que, en ocasión de una *Bohème* de Puccini, ¡se ofreció a “doblar” al afónico bajo Andrés De Seguroola en el aria de Colline ‘Vecchia zimarra’!

Convendría mucho que las nuevas generaciones, en especial de cantantes, escucharan atentamente al gran maestro y se enteraran de la vida de quien comentó que, para ser cantante, uno debe “tener un gran pecho, una gran boca, noventa por ciento de memoria, diez por ciento de inteligencia, mucho trabajo duro y algo en el corazón”. ●



Carranza por Caruso